

## Capítulo VI: Huida

La mujer se despertó, como si algo la hubiese sobresaltado. Faltaba una hora para el amanecer, las blancas paredes del edificio reflejaban unas curiosas motas de luz que flotaban en el aire y revoloteaban alrededor de la dama. Caminó por los corredores, ligera, y entró en un pequeño cuarto donde dormía una chica de largos cabellos claros.

Zarandé a la chica para que despertase. Cuando lo hizo, le entregó una capa de color blanco, se la puso, y las dos caminaron por el verde jardín, para luego cruzar los portones. Cuando en el horizonte se empezaba a perfilar el sol, llegaron al palacio: el castillo de Ewan. Las dos se taparon el rostro con las capuchas.

Se identificaron como sacerdotisas del templo de Geerey, y el guardia las dejó pasar.

Recorrieron largos laberintos, casi interminables y, para cuando el sol había salido, las dos estaban enfrente de su destino: una gran sala, con adornos por doquier y una extraña presencia humana en ella.

La más joven de las sacerdotisas preguntó a la otra si los guardias no las habían visto, pero la segunda, como si se tratara de un juego de niños, declaró:

—No llegué a ser profesora en el colegio de magia de Elano por casualidad... — la otra inclinó la cabeza en señal de respeto. Se acercaron a la cama que había, llena de cojines multicolores, y se arrodillaron, con la mirada baja, hasta que oyeron una suave voz aterciopelada, pero llena de cansancio, que les decía delicadamente:

—Hacía mucho que no recibía visitas — las dos visitantes se le acercaron más, de modo que la princesa pudiese ver sus caras.

La sacerdotisa de pelo rubio se vio a sí misma, como reflejada en un espejo. La princesa y ella eran idénticas, pero ella pensó que la soberana era más guapa, más delicada, aunque tuviese esas manchas en la cara, y pronto volvió a apartar la mirada.

La mujer se acercó a ella y dejó que la reconociese. Sus grandes ojos turquesa, su corto pelo azulado y sus curiosas marcas en la cara, le hicieron recordar.

—Te sacaremos de aquí, — dijo la mujer — y te curaremos — sus ojos se clavaron en la manchas de su cara.

La ayudaron a levantarse y la “gemela” de la princesa le entregó la capa.

La mujer y la princesa salieron del cuarto, y dejaron a la otra chica sola. La joven se tumbó en la cama, bebió de uno de los tarros de remedios que tenía al lado, y

se sintió débil, como si la fuerza se le escapara. Sintió cómo la piel de la cara se le ennegrecía, como las flores sin agua, y sintió cómo la soledad la invadía, cómo la muerte se acercaba. Y pensó por qué había sacrificado su vida por la de una niña; y recordó aquella mirada pura, esos ojos únicos que ella no olvidaría en sus últimos días de vida, esa mirada que llenaba de armonía todo lo que la rodeaba. Y pensó en cómo moriría: igual que una princesa envenenada.

Observó las sombras, y la oscuridad, y por muy grande que fuese el cuarto, se sintió encerrada.

La princesa y la sacerdotisa, llegaron a la entrada del castillo, se colocaron las capuchas y se dispusieron a salir. Pero algo había ocurrido, el guardia que había visto entrar a las sacerdotisas no estaba, en su lugar, había otro hombre, de cara afilada y barba larga, que no parecía muy amigable.

La verdadera sacerdotisa le pidió a la princesa que esperase:

—Deben de haber cambiado de ronda mientras estábamos dentro — y murmuró algo que no sonó muy bien.

La princesa se balanceó, y la mujer la tuvo que sostener.

—Los medicamentos deben de tener algún tipo de veneno... ¿Quién puede hacer esto? — miró a la muchacha, y vio su cara de pena. Pensó en lo que iba a decir, sonrió — Neba está bien, una hechicera de Nardu me ha dado el mensaje... — oyó unos apresurados pasos.

La hechicera sujetó a la niña por la muñeca, en un ademán para que fuera hacia la salida.

Llegaron un momento antes de que, “afortunadamente”, llegara el soldado que las había visto entrar.

—Se me ha olvidado el gorro — dijo apresuradamente, al ver que su compañero lo miraba con curiosidad.

Las dos se apresuraron a salir. El guardia de aspecto serio fue a detenerlas, pero el otro le dijo que las había visto entrar.

Llegaron al templo donde todas las sacerdotisas se unieron con la otra, que no era ni más ni menos que la sacerdotisa suprema, y empezaron a ayudar a la princesa para que pudiese recuperarse.

Pero no todo era de color de rosa, porque la llegada de la princesa significaba la muerte de Yorai, la chica que la había suplantado.

Hacia dos días que había dejado atrás Nardu y tres ciudades más; Torei, Shane y Keropikiku. Evitaba los grupos de personas y aldeas, al igual que las desiertas llanuras: Prefería refugiarse en los bosques y apenas dormía, ni comía.

*La fatiga no era rival para su odio y el hambre se pasaba cuando se iba acercando cada vez más a Anchett.*

*No tuvo problemas al pasar las ciudades, ya que en esas zonas, la mayoría de la gente vivía concentrada en ellas, y él había decidido viajar por las zonas más boscosas y en las que más difícil se hacía seguir un objetivo. Además, los montes Uhan eran un lugar poco frecuentado, ya que habían muerto muchas personas en la guerra del rey Ainei. Un hombre ambicioso que había intentado matar a todos los nativos, porque no le parecían leales. La pérdida en el campo de batalla derivó a que fuese ejecutado por su propia hija, que se convirtió en reina, aunque su hermano debería de haber sido rey. Pero todo eso había ocurrido años antes de que los del norte fueran elegidos para ser la familia real.*

*Las heridas de Neba habían cicatrizado bien, no había tenido problemas con ninguna infección. Se “alegró” de que los cortes de Zangho fuesen tan limpios.*

*Calculaba que a los tres o cuatro días llegaría a Sensui, capital de Nanga, provincia vecina a Elldervaden, que tenía como capital a Anchett. Al recordarlo, la sangre le hervía, su pendiente brillaba de forma increíble, sus ojos se volvían rojizos y descargaba gritos de odio en mitad de la nada.*

*Cuando llegó a Sensui, tuvo mucho cuidado en pasar inadvertido, ya que al estar en una zona de guardias era fácil que lo detectaran.*

*Se encontró con dos mujeres, una de ellas lloraba desconsoladamente.*

*—¡No lo pueden dejar tranquilo ni tan siquiera cuando está muerto! — oyó decir a la que derramaba lágrimas — era una buena persona, lo asesinaron, y ahora profanan su tumba...*

*—Es una vergüenza, ¿cómo se atreven?*

*Al joven le interesó la conversación, pero no se quedó más tiempo porque podía llamar mucho la atención.*

*Había oído varios comentarios así, el primero cuando estaba con Ahiria y las demás, cuando viajaba. Y cuanto más se iba acercando a Anchett, “la tierra de los soldados”, donde vivía Curdai “el mago”, más frecuentemente oía esas habladurías.*

*Censui era una provincia pequeña, y muy llana, así que era muy fácil de atravesar, pero se dio cuenta de que había una gran cantidad de soldados que no se sabía de dónde salían, sustituían a muchos de los soldados más experimentados, y nadie parecía conocerlos. Todo eso no parecía encajar con la moribunda princesa, pero Neba creía que había algún tipo de relación entre ambos hechos.*

Cuando fue a la ciudad de Narhan fue arrestado por un grupo de “Nuevos Soldados”, los soldados sin pasado.

Neba oyó gritos que provenían de una habitación contigua, pero no podía quedarse a pensar, ya que sentía una presencia no muy agradable, muy cerca. Sintió un escalofrío, y supo que aquel ser no era como Zangho, era mucho peor...

Y entonces apareció.

Sus rasgos recordaban a los de una serpiente: cara triangular, ojos rasgados y un tanto amarillentos y piel verdosa y escamada que conjuntaba a la perfección con sus movimientos serpenteantes y calculados. Sus escamas brillaban a la luz de las antorchas y creaba curiosas imágenes metálicas en su piel. Sus pies descalzos daban la sensación de flotar sobre el suelo, y eso daba escalofríos.

—O sea que has llegado hasta aquí — su voz era siseante — Pobre Zangho... — sonrió malvadamente y dejó ver su lengua bífida — y pobre de ti, porque yo no soy como él, soy peor — pensó un instante — ¡Oh! No me he presentado, qué maleducada... — volvió a sonreír — Mi nombre es Sskhi — y dejó caer su largo pelo rojizo cuando se inclinó — Tú no me has dicho tu nombre... — esperó a que éste respondiera, pero el prisionero no habló — Si no me lo dices por las buenas, me lo tendrás que decir por las malas... — en menos de un segundo, ya estaba a su lado.

El joven sintió frío cuando la piel de la mujer-serpiente lo tocó. Y a diferencia de lo que habían pensado muchos, su tacto no era viscoso, era suave y terso.

La híbrida se acercó a la bolsa que estaba tendida en el suelo, la cogió y extrajo un objeto de un tono marrón muy oscuro, casi negro, de bordes gastados y rotos, y lo hizo girar, dejando al descubierto los extraños signos que se profundizaban en su cubierta. Lo abrió, moviendo ágilmente sus huesudos dedos y pasó las páginas hasta que encontró algo interesante que hizo que se riera, de forma siniestra.

—Creo que si empezáramos con esto, sería divertido... — enseñó una imagen roja, tan roja como la sangre misma.

El dibujo que tenía delante era horrible: una persona agonizante parecía gritar, mientras adelante, se encontraba con una abominación, un ser deforme, de mirada oscura y garras en vez de manos.

—...recuerdo que esto se llamaba “La Invocación”. Era muy divertida. Cuando estaba más viva lo usé a menudo... pero hace mucho que no lo invoco. ¡Oh, sí!... lo voy a invocar — parecía que se divertía mucho hablando de “esa persona” — ...me echará de menos. Ya lo creo...

Empezó a murmurar algo en una lengua ancestral, algo que hizo que todo se callara, porque aunque su voz era aún débil, se oía claramente, y aunque no se supiera lo que decía, daba miedo, o mejor dicho, quitaba las ganas de vivir a cualquiera. Subió el tono de la “canción” y las paredes se estremecieron.

Neba, que no estaba encadenado, intentó quitarle el libro en vano, la serpiente lo esquivó con insultante facilidad, sonrió y siguió entonando la melodía.

Una luz verdosa inundó la estancia, y se fue concentrando en las palmas de la chica, para luego ir tomando la forma menuda de un niño. La luz se convirtió en oscuridad, y la sonrisa de la mujer se hizo más y más amplia.

Por mucho que el chico intentase alcanzar a la mujer, no podía ni siquiera tocarla. En uno de estos intentos, rozó con uno de sus mechones la figura sin forma definida e, inmediatamente, un olor muy fuerte a quemado inundó la sala.

—Lo próximo que olerás será sangre — dijo con frialdad.

Se oyó una carcajada que profirió el ser, sus ojos se volvieron rojos y sus manos dejaron de tener unos bonitos dedos, para dejar paso a garras del tamaño de espadas.

—Te lo voy a presentar — dijo la reptil — Se llama Enneashnor, y tiene muchas ganas de hacer nuevos amigos, ya que los últimos, murieron. Una pena — agregó.

El monstruo se acercó hacia el joven, haciendo brillar sus curiosas extremidades, pero cuando él volvió a mirar, no estaba allí. Notó cómo cuatro arañazos dejaban pasar ríos de sangre cuando la criatura lo atacó.

Neba retrocedió unos pasos. Lo miró con odio a los ojos oscuros, tan oscuros que no había brillo alguno en ellos, y levantó los brazos dispuesto a atacar. Invocó a la enorme espada, la sujetó con ambas manos y arremetió contra aquella creación macabra, pero fue muy lento, pues su contrincante ya se había movido en cuestión de milésimas de segundo. Neba hizo chocar el arma contra el aire, y comprendió que no era ni la mitad de veloz que la criatura.

—¿A que es divertido? — le preguntó Sskfi — Es gracioso ver cómo te mueves de un lado a otro a merced de tu oponente, como una marioneta.

—Pues a mí no me parece nada gracioso — dijo con desprecio, pero de repente, se encontró con aquella máquina de matar, que con un movimiento de sus extremidades, lo envió hacia atrás, haciéndolo chocar con brutalidad contra el muro.

Antes ya de poder incorporarse, se vio agarrado por el cuello por aquel “niño” de pelo violáceo y mirada asesina. Sus miradas chocaron y, luego, hubo un destello: los dos contrincantes se sonrieron malvadamente y, rápidamente, la temperatura empezó a subir alarmanamente.

Sskfi miraba fijamente, distinguiendo hasta el más leve movimiento. Se había apartado hasta quedar oculta entre las sombras.

El pendiente de Neba empezó a brillar de manera descontrolada, y la criatura retrocedió unos pasos alarmada.

—*¡Si no puedo acabar con los dos uno a uno, lo haré a la vez!* — su voz era mucho más grave que de costumbre. El muchacho fue engullido por un remolino de tonos rojos y negros.

La temperatura siguió subiendo. Sskfi no entendía qué pasaba, no aguantaba tanta temperatura.

—*¿Qué haces? ¡Te vas a matar!* — la serpiente tenía los ojos desorbitados y no sabía qué hacer — *¡No voy a volver de entre los muertos para que un estúpido me mate, otra vez!* — sujetaba el libro y buscaba una desesperada solución para su problema.

El remolino siguió aumentando y la temperatura, subiendo. Enneashnor miraba hacia el centro del revoltijo de colores en busca de una posibilidad de sobrevivir.

Cuando todo parecía que se iba a derretir, la temperatura bajó en picado, el viento se paró. Todo se calmó. Pero en el lugar donde se suponía que estaba el chico, solamente había una sombra totalmente negra, de ojos brillantes, de tamaño impresionante.

Todo volvió a quedar en absoluto silencio, y el tiempo pareció detenerse.

La figura que acababa de aparecer se agachó y marcó algo en el suelo. Acto seguido, un terremoto sacudió el suelo y las paredes. Sskfi se tiró al suelo, Enneashnor profirió un grito de horror, pero la aparición siguió con lo suyo.

Otro terremoto, más fuerte que el anterior, hizo que varias piedras se desprendieran de los muros. La híbrida se sujetó la cabeza, la creación, atormentada, intentó escapar de allí, pero la cerradura no se abrió.

Lo siguiente que ocurrió fue que el suelo, de ser un gris pálido, pasó a ser un rojo ardiente. El enorme ser alado seguía agachado con la garra en el suelo, pero su brazo estaba rodeado de una especie de nube oscura que fluía hasta sus dedos.

Lentamente, fue alejando las yemas de sus dedos de la lisa superficie. Se oyó un sonido ensordecedor, un grito ahogado se ayuda y una palabra siseada: "Yeidrack".

El niño no había dejado rastro, Sskfi, en cambio, se había convertido en fino polvo que bailaba en el aire y desaparecía.

Neba, que había recuperado su forma tras el ataque, se levantó y, tambaleándose ligeramente, consiguió coger el libro y salir del cuarto.

*Sus pasos resonaban en los vacíos pasadizos del edificio desierto, no había ni rastro de soldados o guardias. Todo era silencio.*

*Empezó a subir los escalones que lo llevaron a la superficie. Pero un grito que provenía de muy cerca hizo que se diera la vuelta.*

*ray.hereinsuge.com*